

NOSTALGIAS EN SEPIA**Desiderio Vaquerizo Gil**

Catedrático de Arqueología.

Universidad de Córdoba.

Hace cuarenta años las cosas en España no eran como hoy las conocemos. Y ya no hablo de cuestiones políticas o ideológicas, que para ello hay firmas mucho más autorizadas que la mía, sino del vivir cotidiano, del enfrentarse a diario con el reto no siempre fácil de la supervivencia. Quienes vinimos al mundo en la década de los cincuenta crecimos en un país que luchaba denodadamente por recomponer sus pedazos, poniendo al mal tiempo buena cara, encontrando ilusión donde muchas veces había sólo miseria. Y, sin embargo, en los recuerdos infantiles de muchos de nosotros contrastan la dureza de la época y la tierra con la sensación placentera de sentirse protegido y feliz. Quizás los más jóvenes no sepan entender en toda su dimensión la enorme transformación cultural que hemos experimentado en las últimas décadas. En cambio, todos los que, como yo, han alcanzado la cincuentena, saben del enorme salto cualitativo que en sólo una generación ha vivido nuestra sociedad, encaminada actualmente hacia metas sin precedentes en la historia; mejores desde el punto de vista material y de servicios —eso que se ha dado en llamar el “estado del bienestar”, hoy, por cierto, tan vapuleado—, pero también diferentes. Y esto obedece a muchos motivos, entre los cuales uno que para mí reviste cierto dramatismo, no exento de melancolía: la pérdida de la cohesión como grupo social, unido por tradiciones comunes y un fuerte componente de transmisión oral —eran tiempos sin radio ni televisión—, en la que, por lo menos en el medio rural, jugaban un papel de absoluta trascendencia los mayores y la vida comunitaria.

En los años cincuenta España luchaba por dejar atrás tiempos difíciles: de caciques y señoritos, explotando con escarnio a tantos “santos inocentes”; de hambres amenazantes y panes de bellota; de emigración desesperada y miserias sin esperanza; de embarazos continuados y partos y abortos humillantes y desgarradores, sin las mínimas garantías sanitarias y con frecuentes muertes de madres e hijos; de cocido diario; de coladas en los arroyos y compraventa diaria en las plazas; de noches de San Juan y flores a María; de Corpus Christi de estreno y cofradías de luto permanente; de eras en el ruedo común, trillando en círculos infinitos al sol del verano, y noches a la luz de la luna; de cines en blanco y negro y culebrones radiofónicos; de bodas preparadas en casa y bailes ocasionales en los que se fraguaban noviazgos bajo la atenta mirada de las madres carabinas; de coplas castizas, audaces, retrógradas, también transgresoras (“*yo soy la otra, la otra...*”), y milis interminables, asfixiantes y rompedoras, castrantes; de velatorios rigurosos, en fondo y forma, y entierros con mortajas tejidas primorosamente en vida; de leche en polvo y queso como piedra, ambos americanos; de Calispán y Calcio 20, que nos hizo más altos pero no más libres; de Quina Santa Catalina y yemas de huevo batidas con vino y azúcar; de flechas y yugos, presidiendo cada acto de nuestras vidas; de Cara al sol en pololos a la puerta de los colegios y Formación del Espíritu Nacional a golpe de nudillos anillados sobre el cráneo; de juegos en la calle y luces mortecinas en las casas, sin calefacción ni microondas (¿cómo pudimos alguna vez vivir sin ellos?); de cortes de pelo al cero y correrías por los campos, cogiendo nidos o robando habas; de pan con aceite y, si había suerte, una onza de aquel chocolate terroso que a pesar de todo añoramos; de los primeros amigos, algunos de ellos tan sólidamente enraizados que siguen todavía hoy ocupando el mismo lugar que tuvieron; de chamarileros esquilmando antigüedades locales a cambio de ollas y cacerolas, y de afiladores, quincalleros y lañeros patrullando las calles a la búsqueda del sustento; de Candelarias ennegrecidas de corcho quemado y Miércoles de Ceniza contritos de ayuno y deseos reprimidos; de matanzas en las calles y heladas como nevadas; de enfermedades recurrentes y

gripes asesinas; de tardes de brasero y tertulias a la puerta de las casas, hasta bien entrada la madrugada; de exvotos de cera y promesas cumplidas; de Navidades pobres, sin luces ni grandes almacenes, pero entrañables y festivas...

Son vivencias comunes e irrepetibles, que conforman la memoria histórica de varias generaciones y el espejo de la España de una época; de enormes carencias, sin duda, pero también de felicidad básica, cimentada sobre valores un tanto ingenuos, aun cuando compartidos, y quizá gran dosis de conformismo e ignorancia; por fortuna hoy ya sólo un recuerdo en tonos sepia sobre fotos manchadas de nostalgia. Una realidad y un espacio perfectamente reconocibles en diversas regiones españolas, entre ellas dos, vecinas, que para mí tienen una significación muy especial: Extremadura, que me vio nacer, y Andalucía que me acogió hace cuatro décadas. Desde entonces, he desarrollado mi vida personal y mi carrera profesional preferentemente en Córdoba y su provincia, lo que ha incluido durante una buena etapa la comarca del Guadiato. Empecé a visitarla, hace veinte años, con motivo de los cursos de verano Fons Mellaria que se celebran en Fuente Obejuna y que llegué a dirigir tres veranos, aprendiendo en ellos las bases de lo que luego sería la Universidad de Verano de Córdoba, creada y dirigida también por mí en sus tres primeras ediciones. Esto me permitió conocer a mucha gente, visitar sus campos, disfrutar de sus noches, de su cultura, de su gastronomía, y todo ello nos llevó a la puesta en marcha de un proyecto de investigación sobre la arqueología de la comarca del Alto Guadiato que, con financiación de la Obra Cultural de Enresa y la propia Universidad de Córdoba, y suscrito por un amplio equipo de investigadores, vio la luz en mil novecientos noventa y cuatro. Gracias a él nos sumergimos profundamente en los entresijos de la comarca, descubriendo lugares que nada tendrían que envidiar al paraíso. Y es que pocas cosas puede haber más bellas que estas tierras en primavera, cuando todo se cuaja de un aire limpio que recorta los perfiles con la contundencia de un escultor clásico, cuando las flores parecen crecer incluso de las piedras, cuando la vida renace entre regatos y riachuelos que ponen destellos de plata a los campos tamizados por mil matices de verde...

De aquel periodo de mi vida me han quedado experiencias maravillosas y también grandes amigos; por eso, siempre llevo a gala (y no es una frase hecha, pueden creerme), que cuando vuelvo por el Guadiato, por cualquiera de los pueblos que conforman la comarca, pero de manera muy especial por Fuente Obejuna o cualquiera de sus aldeas (no olvidaré veladas irrepetibles en El Alcornocal, Ojuelos Altos y Bajos, Argallón, la Coronada, Cañada del Gamo, Los Pánchez...), Peñarroya o Belmez, me siento como en casa. La calidez de sus gentes, nuestra cultura de base común, nuestros paisajes casi gemelos, hacen que note pocas diferencias entre MI Extremadura y MI Andalucía; porque mi vida ya transcurre entre una profesa y descarada bigamia, que llevo a gala y de la que me enorgullezco a diario. ¿Cómo no hacerlo, teniendo semejantes amantes (¿o debería decir amadas?) Por eso, en la presentación en Córdoba de mi última novela, establecí públicamente un compromiso que prometo mantener durante muchos años: todas mis obras de ficción tendrán como escenario Extremadura y Andalucía; Andalucía y Extremadura. Al fin y al cabo, ¿hay diferencia...?

Sirvan, pues, estas palabras en homenaje a ambas tierras, desangradas a fuego lento durante siglos en pos de una vida mejor, y a todos aquellos que, con independencia de colores políticos o intereses personales, entregaron la cal de sus huesos para legarnos el bienestar y la paz que hoy disfrutamos; además, por supuesto, de toda esa gente maravillosa que me honra con su amistad desde los tiempos en que robaba habas e higos, cogía nidos, o jugábamos a tirarnos piedras.